

Carlos Morales Abarzúa (1917-1988). Una semblanza

Felicity Williams

Hay personas que no parecen ilustres a primera vista o líderes innatos, y puede ser que uno no les conozca bien y, sin embargo, a través del poco trato que se haya sostenido con ellas aporten mucho. No tienen que posar como intelectuales o teóricos de primerísima orden para que aprendamos de ellas; en ese caso su obra bastaría para nuestra mayor instrucción. Pero hay algunas personas quienes por su propia integridad personal tienen un cierto don para motivarnos; ayudarnos a creer en nosotros mismos; hacernos pensar por nosotros mismos. Y nos acercan —en especial cuando hayamos estado inmersos durante muchos años en el quehacer académico— a lo que podríamos llamar la vida real: esa vida de éxitos parciales, de fracasos frecuentes, de relaciones humanas resbaladizas —encima de todo cuando de la política se trata— de sufrimientos y de alegrías. Así era el político chileno Carlos Morales: conocedor de lo mejor y lo peor de la humanidad, siempre era amistoso, combinaba la generosidad con la sensatez y en todo tiempo fue agradable discutir con él. A mi me proporcionó un apoyo fundamental en un momento importante de mi vida cuando otros me hubieran visto como una forastera y aún competidora.

A principios de los ochenta ambos estuvimos escribiendo libros sobre la Internacional Socialista y sus actividades en América Latina. El escribía “desde adentro”, yo “desde afuera”. Ambos estábamos haciendo esfuerzos para escribir sobre la importancia del “centro” y del “reformismo” en el espectro político mundial de entonces. El ya estaba conven-

cido de su importancia, yo era escéptica todavía. En esos años “centro” y “reformismo” eran más bien palabras sucias en el léxico político de muchos, y no fueron pocas las agresiones que recibí al enterarse diferentes personas de la tesis que yo estaba elaborando.

Por lo contrario, el cálido y desinteresado trato que recibí de Carlos Morales me permitió, en gran parte, no sólo terminar mi libro sino salir de la confusión ideológica en que me encontraba; aunque él, creo, no lo sabía. Yo había llegado, joven y verde al México de fines de los años cincuenta: vine de la apatía política británica para meterme de cabeza en la euforia revolucionaria de las décadas de los sesenta y setenta. Sin experiencia de la vida, de manera espontánea y suponiendo las cosas gratuitas, me dejaba marear por el ambiente de heroísmo colectivo que atravesaban diferentes grupos intelectuales y espacios universitarios. Abundaban los sectarismos acrimoniosos, igual las discusiones bizantinas. Eran los años de un espantoso simplismo conceptual: “izquierda” o “derecha”, blanco o negro, socialismo o fascismo. Yo daba vueltas dentro de aquella nube embriagante. Una parte del turismo revolucionario venido desde Europa pasaba por mi casa y yo pensaba haber adquirido mi identidad personal, política y social. Las palabras “muerte” y “sacrificio” eran estímulos, casi a la manera de una droga, y pudimos pronunciarlas con frecuencia y facilidad porque todavía no sabíamos en qué consistía la vida.

Por otra parte, y durante las mismas décadas, observaba a las diferentes olas de exiliados políticos latinoamericanos que llegaban a México: unos desesperados, otros quebrados, algunos oportunistas. Pero había también otros, íntegros y constructivos que dieron a México, en la medida que México había sido magnánimo con ellos. Carlos era de estos últimos y no toleraba crítica alguna de su país adoptivo. A pesar de vivir apenas más de una década aquí, se entregó en pleno a la vida nacional, gozando de los



pequeños detalles de la vida, con un constante sentido del humor y haciéndose querer por muchos.

En años recientes muchos de nosotros hemos tenido que hacer, o estamos haciendo todavía, cuentas con nuestros pasados políticos. Carlos no necesitaba hacerlo. Así que, ¿quién era esta persona nada petulante, sino sencilla en el buen sentido de la palabra, que tenía el don, por sólo ser un buen humano, de facilitarle a uno el entender a la política como una compleja y, a menudo, fallida actividad del débil género humano? Una persona que le ayudaba a uno a entenderla no como alguna utopía de escala olímpica, sino como un quehacer cotidiano construido cuidadosamente, y al que habría que retomar y modificar tantas veces como los acontecimientos lo exigieran; aunque eso sí, guiado siempre por algunos principios básicos.

Carlos Morales nació en el centro sur de Chile, en la tierra de Neruda, hacia finales de la Primera Guerra Mundial, en el seno de una familia pobre y numerosa, siendo su padre un modesto burócrata de Parral. Con el apoyo de su familia logra una beca, a temprana edad, al Internado Nacional Barros Arana, en Santiago: colegio público que ha formado a muchos de los políticos chilenos más renombrados. De allí siguió a la Universidad de Chile, también del Estado, para graduarse como licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, y doctor de Derecho. En ese sentido era un joven típico del Chile de aquel entonces. Era un buen ejemplar de lo que la educación pública pudo producir. Sin ser estereotipadamente brillante, su dedicación al trabajo y su paciencia le permitieron avanzar, y devolvería a toda su familia la ayuda que le había dado. Si bien residiría en la capital de allí en adelante, su concepción del mundo se nutrió en los valores de una familia de la provincia, donde la formación moral era fundamental.

Ya adolescente se había integrado a la Juventud Radical. Pocos años después empezaba a seguir una línea algo propia, al defender a sindicatos, y huelguistas, en especial los de las capas medias, sosteniendo una estrecha colaboración con la ANEF, o Asociación Nacional de Empleados Fiscales. Más tarde, ya en los años cincuenta ayudó con otros, a formar la CUT (Central Única de Trabajadores de Chile), que aglutinaba tanto a empleados como obreros.

Su adhesión al Partido Radical era congruente con su trayectoria personal. Importante partido de oposición en el siglo XIX frente a los dos grandes —los Liberales y los Conservadores— a la vez que era un partido tradicional y de membresía muy heterogénea, tenía la capacidad de abordar las numerosas transformaciones sociales que iban ocurriendo en el país. Carlos apenas tenía veinte años cuando los radicales formaron, junto con los partidos Socialista y Comunista, el famoso Frente Popular. Luego, compartirá el auge de su partido, que daría tres presidentes en

sucesión a su país, entre 1938 y 1952. El gobierno de Pedro Aguirre Cerda (1938-1942), era para muchos el primer gobierno moderno de Chile; sin embargo, el último, el de Gabriel González Videla emitiría la ignominiosa Ley de la Defensa de la Democracia, cuyo objetivo fue la represión de los socialistas y comunistas.

Para entonces Carlos ya se encontraba en el ala izquierda de los radicales, quienes en común con la mayoría de partidos políticos sufría de divisiones periódicas. A través de los años cincuenta, sesenta y setenta Morales desempeñó una serie de puestos importantes: diputado por Santiago entre 1957 y 1973, fue también durante un periodo presidente de la Comisión Política del Parlamento. Participó en la coalición de Salvador Allende a finales de los sesenta, ayudó en la elaboración del programa de la Unidad Popular; fue presidente del Partido Radical de Chile cuando Allende asumió la Presidencia y por lo tanto colaborador en su gobierno. En 1973, por haber sido consecuente con sus convicciones —entre ellas, la de la necesidad de una siempre mayor democratización de la vida política chilena— fue enviado a uno de los peores campos de concentración, cerca de la Antártida.

Es, considero yo, sólo dentro de aquella trayectoria personal, y de su creciente identificación con el socialismo que uno debe ver el entusiasmo por parte de Morales para consolidar vínculos entre el Partido Radical y la Internacional Socialista, desde mediados de los sesenta. Consecuente con aquella capacidad de ciertos sectores del Partido Radical de ir modificándose según las circunstancias y abrirse al mundo moderno, su acercamiento a aquella internacional reformista también debe verse dentro del contexto latinoamericano de esos años, cuando más de la mitad del continente vivía bajo dictaduras y/o el Estado de Seguridad Nacional, y como siempre, dentro de la zona de influencia estadounidense.

Tener contactos con esa enorme organización de origen europeo permitiría: 1. Revitalizar a un partido ya en franco declive; 2. Salir del provincialismo al internacionalismo; 3. Buscar un posible apoyo al proceso innovador que se desarrollaba en Chile. El propósito de la Unidad Popular de llegar al socialismo por la vía pacífica había suscitado un enorme interés en toda Europa y representaba para los socialdemócratas allí la concreción de una especie de ideal.

Sin que el Partido Socialista de Chile fuera miembro de la Internacional Socialista, por los vínculos que tenía con los radicales, esa organización celebró su primera reunión de alto nivel en territorio latinoamericano, en Chile, en febrero de 1973. Si bien no pudo hacer nada para evitar el golpe el siguiente septiembre, de allí en adelante estaría tras todos los intentos de pacificación de los conflictos en América Latina y de fomentar una mayor

democratización de los procesos políticos en la zona. Aquí no es el lugar para dirimir los posibles pros y contras de aquella organización. Ha tenido sus momentos históricos negros, y el comportamiento de varios de sus miembros ha sido altamente cuestionable, pero a final de cuentas, desde 1976 hasta la fecha ha sido uno de los foros internacionales más abiertos y progresistas del mundo. En parte esto se debe a personas como Morales, cuya casi obsesiva persecución de lo que era para él el "socialismo democrático", en lugar de sólo apegarse a una actuación típicamente socialdemócrata, logró cambiar, al menos parcialmente, no sólo el discurso sino la práctica de la Internacional Socialista.

En buena hora la influencia de nuestro chileno logró extenderse a otros ámbitos, y si Nicaragua sandinista no sufrió la misma embestida que Chile, esto, en gran medida, se debe a miembros como Carlos. Además, cuando vino la debacle en el bloque soviético, o en el partido comunista italiano, por ejemplo, se les quedó a los centristas y reformistas internacionales la posibilidad y el deber de conservar un espacio concreto, por pequeño que fuera, de crítica y oposición —más valioso que nunca— frente al avance avasallador del Neo-Liberalismo.

También fue profesor universitario en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de UNAM y miembro connotado de su Centro de Estudios Latinoamericanos. Sus compañeros de trabajo en-

contraron en él a una persona siempre dispuesta a participar en las investigaciones y discusiones sobre la realidad del subcontinente. En la academia se mostró como una persona sistemática, cuidadosa y reflexiva. Se destacó, entre otras cosas, por exponer por escrito sus diversas opiniones y por un interés especial en conocer y escuchar a los demás. Eso abrió un espacio y un auditorio a sus ideas. Su presencia era siempre bien recibida por profesores y estudiantes. En la cátedra contribuyó al estudio de Chile y América Latina, al interés por la Internacional Socialista y a la discusión del socialismo democrático.

A pesar de estar inmerso en problemas personales doloroso durante sus últimos años, Morales nunca dejó de incentivar a todos aquellos latinoamericanos que querían cambios progresistas para sus países, estando muy por encima de cualquier sectarismo. Es a través de uno de sus últimos gestos que ha quedado, pienso, en la memoria de muchos. Desde el hospital donde moriría unas horas más tarde, manifestó su repudio al régimen de Pinochet en la parte trasera de una receta médica, para que ésta fuese llevada a la Casa de Chile. Allí se iba efectuar un plebiscito simbólico, al tiempo que otro tomaba lugar —a través de listas depuradas por la dictadura— en su querida patria.

América Latina, a pesar de sus múltiples desgracias y penurias, ha tenido la fortuna de contar con muchos hombres buenos, Carlos Morales era uno de ellos.